

Exploración Profunda

Inmersión e Interacción en la Experiencia Outdoor

Caminar

“Caminar no es sólo lo que un cuerpo *hace*; es lo que un cuerpo *es*.”

Tim Ingold & Jo Lee Vergunst (*Ways of Walking*, 2008, p. 2)

El mundo material está en constante movimiento y transformación. La vida humana tiene lugar en una red de flujos dinámicos en la interfaz del aire y la tierra. Es en estos flujos de materiales donde nos movemos y sentimos. No sólo habitamos esa interfaz, sino que sus flujos nos atraviesan y somos parte de ella y sus procesos: según Ingold, al caminar “la tierra que recorremos interactúa con el aire que respiramos.” (2008, p. 2) Por lo tanto, caminar y respirar son procesos de esa interfaz que se dan en nuestro propio cuerpo, conectándonos simultáneamente con la tierra y el aire. Como explica Ingold, el cuerpo es terrestre y aéreo, va caminando y respirando simultáneamente. La alternancia de los pasos, izquierdo-derecho, uno tras otro, y la alternancia de la inhalación-exhalación, comparten una naturaleza rítmica que los entrelaza profundamente (“In Conversation with Tim Ingold”, p. 52). Por lo tanto, la tierra es literalmente la base de nuestra experiencia de vida, y la conexión directa con el suelo al caminar es una parte fundamental de la conexión directa con el entorno.

Según Ingold, nuestra comprensión de la tierra o suelo como superficie fundamental, está moldeada por la experiencia de caminar. El sólo ejercicio de caminar sin zapatos revela, en cualquier superficie, que el suelo es compuesto y heterogéneo, y no una plataforma isótropa (i.e. que posee las mismas propiedades en todas las direcciones), y recuerda también que nuestro contacto táctil primordial con el entorno es a través de los pies, más que de las manos. Con zapatos, sigue siendo posible percibir las diferentes texturas y relieves de las superficies terrestres por las que andamos. Esa es una faceta de la percepción háptica que permite sentir las propiedades de las superficies sin necesidad de contacto directo con la piel. Es muy importante poner atención a la interacción de los pies con el suelo, pues nos permite descubrir muchos detalles del entorno que estamos conociendo, y del movimiento de nuestro cuerpo en contrapunto con él. En términos generales, caminar permite encontrar profundidad en una gran variedad de experiencias de las cuales, de otra forma, no estaríamos conscientes.

Cita importante de Ingold y Jo Lee Vergunst del seminario sobre 'caminar': "Setting out":

Cuando emprendemos nuestra caminata, nuestros ojos no están puestos en un horizonte distante. Los primeros pasos que damos son tentativos, experimentales incluso, y el tiempo pasa lento a medida que los tanteamos. Aún con nuestro rumbo o dirección inciertos, cada paso se siente como el primero: uno puede llevar al segundo o al tercero, y así sucesivamente, pero esto también puede llevar a nada. En otras palabras, no *empezamos* a caminar de la misma manera que el atleta empieza a correr, al oír el tiro de la pistola, entrando en acción al instante. Porque es sólo después de unos cuantos pasos, cuando los pies han encontrado su ritmo y el cuerpo su impulso, que descubrimos — sin haber estado conscientes de ningún momento de inicio — que ya estamos caminando. (2008, p. 3)

Siempre hay una diferencia en la experiencia de recorrer a pie o en algún medio de transporte, o andar a caballo. En estos dos últimos casos, los viajeros tiene que *hacer algo además de explorar*, y además son "llevados" de un lado a otro, a un ritmo más rápido y menos calibrado que el ritmo propio del caminar en contacto con lo que va apareciendo. En el caso del auto, en particular, no sólo nos alejamos del contacto de los pies con el suelo, sino también del aire, el clima y la visión panorámica del entorno. En el caso de la utilización de medios de locomoción, detenerse implica una decisión, en caso de caminar, detenerse puede ser simplemente la respuesta a un estímulo. En un caso se agregan los sonidos propios del medio de locomoción, en el otro sólo estás en presencia de los sonidos de tu cuerpo y el entorno. Las propiedades de los elementos del entorno son extremadamente variables según las diferentes condiciones climáticas y los puntos de observación. Caminar permite la flexibilidad de acercarse, alejarse, agacharse, empinarse, subirse, ponerse debajo o entremedio, y cualquier otro movimiento para acceder a un ángulo de observación o contacto privilegiado, sin el cual muchas de esas propiedades pasarían desapercibidas.

La gran diferencia histórica entre el viajero y el caminante que plantea Ingold es muy sugerente. Antes de que existieran los medios de locomoción, caminar era simplemente la forma común y corriente de moverse de un lugar a otro. Por otro, desde que empezaron a existir los medios de transporte, surgieron los viajeros, que no caminan, o que caminan lo menos posible. Viajar se convirtió en una actividad exclusiva de una elite con acceso a los medios, y caminar se empezó a considerar como un tedioso lugar común (2011: 38-39). En la actualidad, en general cuando emprendemos un viaje, éste está compuesto de diferentes etapas, que a grandes rasgos están determinadas por dos tipos de movimiento: por un lado, el *traslado* de un punto de origen a uno de destino, para lo cual privilegiaremos que sea lo más rápido y cómodo posible y probablemente lo

hagamos en avión o en auto; y, por otro lado, la *estadía*, que significa estar en el lugar, que empieza literalmente desde el momento que “ponemos un pie” en el lugar, y que para salir a explorarlo probablemente privilegiemos caminar, para ponernos en contacto directo con el paisaje y sus detalles, y poder experimentar nuestra naturaleza de componentes de la interfaz aire-tierra. Una de las bases fundamentales que permiten que una exploración del paisaje sea profunda es que cuando somos exploradores ya no estamos en un proceso de traslado, sino en uno de estar, de exposición y presencia. Al momento de explorar dejamos de ser viajeros y pasamos a caminantes, porque el ritmo libre, flexible y tranquilo del caminar permite una atención a los detalles del entorno, y una entrega, un dejar-ser, al darnos vuelta hacia las cosas y movernos *según* el ritmo y las texturas de las cosas a nuestro alrededor, es decir, permite movernos al ritmo del entorno y por lo tanto conocerlo mejor. Por su parte, el paseo en bicicleta, por ejemplo, si bien puede ser una experiencia profunda para el viajero y una manera de salir a explorar, inevitablemente integra la actividad de andar en bicicleta como parte de la exploración, incluyendo una velocidad donde el paisaje pasa más rápido por nuestra visión panorámica, y una posición en la que nuestros pies y manos están en contacto con los fierros de la bici, y no con el suelo y el aire del entorno como cuando caminamos. Además, se reduce significativamente la flexibilidad y rapidez con que podemos girar y orientar nuestro cuerpo, cabeza y sentidos como respuestas inmediatas a las intensidades de los estímulos a los que atendemos. El hecho de que esos movimientos del cuerpo estarán siempre mediados por el manejo de la bici implica que aunque capturemos algo del entorno que nos interesa, el sólo hecho de tener que concentrarnos brevemente en la maniobra para detenernos y/o darnos vuelta, desviará nuestra atención en lo que estábamos captando y es probable que nos perdamos muchos fenómenos más efímeros. Esto no implica que no se pueda practicar la exploración profunda en bicicleta, simplemente implica que hay que considerar que todo lo que viene con la bicicleta, es decir, la atención en las maniobras, sus materiales y mecánica, nuestra posición y movimientos sobre ella, la velocidad, los ángulos, ámbitos, modos, ritmos y flexibilidad de interacción que permite, entre otras cosas, es absolutamente central en la exploración, la bicicleta se presenta inevitablemente como un elemento protagonista, un foco de atención en el entorno que estamos explorando.

A modo de paréntesis, no hay que olvidar que los conocimientos que adquirimos al caminar son los que permiten crear todo tipo de tecnologías para fluir con las diferentes superficies de una manera más efectiva, según lo que nos proponemos y las condiciones del lugar. Los zapatos de trekking por ejemplo, se han podido ir perfeccionando gracias a la práctica misma de caminar. Según Ingold, “caminar en sí es una forma de conocimiento circundante.” Una extensión de este pensamiento está en que nuestros pies no sólo caminan, sino que también nos abren camino en otros medios, como el patear en el agua, y tenemos un aparato para eso. También, tenemos aparatos para deslizarnos por la nieve, por el pavimento, y para correr más rápido, así como

también estribos y pedales. Ingold explica que las técnicas del trabajo de piernas y pies, y estos variados dispositivos que ajustamos a los pies con el fin de potenciar su efectividad en tareas y condiciones específicas, alterar nuestro conocimiento del entorno. (2011: 46)

Por último, caminar está relacionado con nuestros estilos de vida, pues vamos formando un camino al caminar, descubriéndolo en la experiencia presente. Según Ingold: "... los caminos por los que caminamos son los caminos por los que vivimos." En resumen, existe una estrecha relación entre caminar y la vida humana misma.